



DOÑA ISABEL GALLARDO.

NUEVA Y CURIOSA RELACION DEL INVENCIBLE VALOR DE UNA hermosa doncella natural de la ciudad de Jaen, que por desagaviar á su padre, hizo treinta muertes.

Atemorícese el orbe,
tengan silencio los guapos,
los que de dia y de noche
andan siempre embroquelados,
echando plantas al aire,
mucha lengua y pocas manos,
y por muy poca ocasion
echan fieros y desgarros.
Escuchad de una mujer
los arrojos temerarios,
sus heroicas valentías;
no es doña Teresa Llanos,

ni doña María Ponce,
que tanto se han celebrado
por su rasgo y gallardía,
es doña Isabel Gallardo
la que voy á proponeros,
y asi la atencion encargo.
En la ciudad de Jaen,
á la que el Eetis cercando,
riega y baña sus cimientos
cuando se van despeñando,
y hecho culebras de plata,
cristales vá derramando:

en esta ciudad vivia
don Gerónimo Gallardo,
hombre poderoso y rico,
señor muy apotentado.
El cielo le dió una hija;
mal dije, un angel humano;
corto me quedé, una diosa.
Venus segunda en el garbo.
Mas todas cuantas virtudes
puede tener un cristiano,
teria esta criatura,
y sabia en alto grado
leer, contar, escribir,
tañer instrumentos varios.
Nunca pensó en ser casada
manteniéndose en su estado
siempre con honestidad,
guardando sumo recato.
Con un primo que tenia,
en una sala ó el patio,
dentro de su misma casa,
era su ejercicio tanto
en jugar la espada negra,
que era pasmo de los pasmos.
Salió muy diestra y valiente,
y hallándose de veinte años,
tuvo el padre de esta dama
un dia con cierto hidalgo
unas palabras, y fueron
desafiados al campo,
donde le dieron la muerte.
y á su casa fué llevado
á la vista de su esposa,
en donde con tiernos llantos,
con lágrimas y suspiros,
por ver á su esposo amado
difunto allí en su presencia,
se lamenta en este caso.
La hija en ver á su padre,
toma el cielo con sus manos;
no hay desatada leona,
ni tigre hay acuchillado,
que con ella se compare.
En una sala se ha entrado,
y quitados sus vestidos,

de hombre se ha disfrazado;
se pone lucidas armas,
y montando en un caballo,
partió como un rayo al punt
donde estaba retirado
el que dió muerte á su padre,
y para disimularlo
el intento que llevaba,
les encomendó el caballo
á unos pastores que estaban
de allí trecho no muy largo.
Llegó donde el tal estaba,
cortesmente le ha llamado,
y dice, que dos palabras
quiere decirle en el campo.
Salió, y para mas seguro,
consigo lleva un esclavo
que le guarde las espaldas,
y así que le vió en el campo,
le dice: vil caballero,
pícaro, traidor, villano;
tú has dado muerte á mi padre,
y yo á la demanda salgo.
Echó pues mano al acero
y su contrario echó mano;
mas á pocos movimientos
una estocada le ha dado
la dama al tal caballero,
y en su sangre revolcado;
el esclavo á la demanda
quiso salir de su amo.
Pero en vano fué el arresto,
que al moverse cuatro pasos
le dió la muerte al moreno,
y con ánimo bizarro
cortó la mano derecha
al caballero contrario;
envolvióla en un pañuelo,
á su casa vuelta dando,
y dándosela á su madre,
de aquesta suerte le ha hablado:
veis aquí la mano, madre,
de aquel alevoso ingrato
que dió la muerte á mi padre.
Se quedaron admirados

de ver accion tan heróica;
y aunque mas la han reportado,
no fué fácil detenerla,
pues con ánimo arrestado,
recogiendo mil doblones,
tres vestidos y el caballo,
se salió de la ciudad,
y un primo fué por su amparo
para ir en su compañía,
pero presto le dió el pago,
que á cosa de media legua
de puñaladas le ha dado.
Llegó á la ciudad de Andujar,
dia de la Cruz de Mayo;
y paseando sus calles,
con un cierto cirujano
tuvo no sé qué contienda
y le dió un carabinazo.
Confiándose en sus bríos¹
luego el camino ha tomado
para Córdoba, mas antes
entró en la villa del Carpio,
donde tuvo unas palabras
con don Francisco Fajardo
escribano de la villa,
que se estaba chanceando
con ella; mas entre burlas
dos puñaladas le ha dado.
Ligeramente camina,
porque la siguen los pasos,
y no es razon de que duerma
quien tiene muchos contrarios
Entró en Córdoba una noche,
y en el meson de Juan Calvo,
que está en la fuente del Potro,
dió la muerte á un licenciado,
y al mesonero tambien
le dió en la cabeza un tanto,
porque quiso adelantarse;
y al salir, á un escribano,
le cortó cara y narices;
y á Ecija caminando,
con don Francisco de Vargas
se acomodó por criado.
A un paje que éste tenia

porque fué desvergonzado,
le degolló la garganta,
y lo mismo hizo á un lacayo,
que quiso volver por él;
pero poniéndose en salvo,
al campo de Gibraltar
se fué con unos soldados.
Recorriendo sus trincheras,
seis ingleses ha encontrado,
que estaban de centinela,
y en muy breve les dió el pago,
pues fieros la acometieron
pero les salió bien caro.
A todos seis dió la muerte,
las armas les ha quitado,
y al marqués de Villadarias
las presentó por regalo.
Se partió á Ciudad-Rodrigo,
sentó plaza de soldado
en un tercio muy lucido,
y un dia que salió al campo
por forraje, se apartó
bastante, y en un barranco
estaban diez portugueses
escondidos, y arrestados
quisieron llevarla presa,
pero fueron apresados.
De los diez mató á los siete,
los otros tres maniatados
llevó á la plaza, y allí
quedaron maravillados
en ver tan heróicos hechos
y arrojo tan temerario.
A Badajoz caminó
con un tercio que enviaron
de reclutas á la ciudad,
y el sargento don Juan Blanco,
sobre dos reales de á ocho
que ella le habia prestado,
se trabaron de palabras
las espadas arrancando,
se volvieron contra ella
diez y seis de los soldados.
A todos los hizo cara
una hora (caso raro!)

748
diez mató en esta pendencia,
y los otros maltratados
la siguen; mas poco á poco
ella se fué retirando,
que se la quebró la espada.
Mas un valiente mulato,
viéndola que está sin armas,
á su lado se ha arrimado
solo para defenderla,
y ella le dijo: anda, galgo,
no me amparo de tu sombra
mientras durára mi brazo;
y quitándole la espada
le rompió todos los cascos.
Al soplo de una pistola
dió muerte á don Juan Manzano
capitan de infantería,
y ella se fué retirando
á un convento dominico,
y metiéndose en sagrado,
la cercaron al instante:
mas al cercarla fué en vano,
que con otro religioso
que la salió acompañando,
tambien vestida de fraile,
se puso al instante en salvo.
Entró en la villa de Zafra,
á tiempo que reclutando
estaban dos compañías,
y por muy poco embarazo
que tuvo con un cochero

de un señor muy respetado,
la tiraron á traicion,
y atravesáronla un brazo.
Otra estocada la dieron,
y sin poder remediarlo,
cayó desmayada en tierra,
donde á voces publicando,
confesion pide, y al punto
ser mujer ha declarado.
La dieron los Sacramentos,
vuelta en sí ya del desmayo
la curaron las heridas,
y despues que hubo sanado,
se enamoró de esta dama
un capitan de caballos,
llamado don Juan Corazas,
de su sangre se ha informado,
y viendo que era noble,
al punto lo han dispensado.
Al fin se casó con ella,
y vivieron descansados;
pues el gran Felipe Quinto
(que de Dios está gozando)
señalóles una renta.
Dios nos dé su auxilio santo,
para que en conformidad,
en su amor y gracia estando,
logremos muchos aumentos,
viviendo y considerando
que solo en servicio suyo
el cielo nos será dado.

FIN.

CARMONA:—1858.

Imp. de D. José M. Moreno, calle Juan de la Cabra, n.º, 4.